



José Castelán

Adán, Eva, serpiente y manzana



En un libro viejo, que en una cómoda vieja, entre otros papeles viejos, guardaba una vieja amiga mía, me encontré esta vieja historia que voy a contar a ustedes, mis pacientes y viejos amigos y lectores.

Érase el año primero, del siglo primero, de la era primera, cuando el Todo-Poderoso, con un humor delicioso, se paseaba en un jardín muy hermoso del Paraíso Terrenal y, al mirar tanto animal, dijo: «Falta uno racional» y le ocurrió hacer al hombre y lo hizo así...

Tomó Dios-Tata un poco de barro, se viró en un espejo que llevaba en la bolsa del chaleco e hizo a nuestro simplón padre, Adán, a su imagen y semejanza. Sopló después sobre el gracioso monigote y éste, después de hacer una cabriola, dio un salto mortal y luego le dio las gracias a Tata-Dios y luego se comió un par de plátanos dominicos.

Tata-Dios cloroformizó a Adán y, después, con un afilado tranchete que llevaba en la cintura, le arrancó una costilla y de esa costilla formó a nuestra madre Eva. Antes de dar el soplo de vida sobre Eva, le curó la herida a Adán con unguento doble, y luego lo reanimó y luego le comunicó vida a Eva, y luego los presentó a uno con otro, diciendo así: «Mujer, he ahí a tu marido. Hombre, he ahí a tu marida». Después condujo a la gentil pareja ante el Juez Civil, que era un burro, y el matrimonio quedó legítimamente legalizado y muy fuertemente atado.

Entonces Dios les dijo: «Cuanto veis, vuestro es. Los animales serán vuestros criados mientras tengo tiempo de hacer una doncella de servicio para Eva, y un ayuda de cámara para Adán. Comed y bebed de cuanto queráis pero, ¡pobres de vosotros si

tocáis una sola manzana de este árbol! ¡Cuidado...! Y, subiéndose el Señor en su aeroplano, se elevó a los cielos.

Cuando nuestros primeros padres se encontraron solos, Adán hizo cosquillitas a Eva y le propuso jugar a las escondidas. Eva no accedió, quiso mejor bailar un cuchicuchi y ambos se entregaron al vértigo del baile, al son de una magnífica orquesta, formada por elefantes que hacían de trombones, leones que tocaban los platillos, monos que hacían monadas, etc.

Los primeros días de la luna de miel, de aquel feliz matrimonio, se deslizaron en medio de una felicidad sin límites y entre honestos y regocijos pasatiempos.

Adán se levantaba muy de mañana, cortaba cocos, plátanos, uvas, enchiladas, tamales y demás golosinas: cargaba con todo y se lo llevaba a su querida Eva, la cual se levantaba tarde por estar gozando, en los brazos de Don Morfeo, del agradable calor de las cuiltas y colchones que tenía en su catreuelo. Juntos almorzaban e íbanse después a paseo, cogiditos del brazo y muy juntitos, como dos tortolitos, diciéndose cosas muy bonitas, haciéndose cosquillitas y otras mil diabluritas.

Cuando pasaban cerca del famoso manzano hacían la señal de la cruz y huían del sitio peligroso teniendo caer en tentación. Nada faltaba a su regalo. Cuanto apetecían lo tenían a la mano y poco, o ningún trabajo, costábales satisfacer sus deseos.

Por la tarde, pasada la siesta, recibían a los animales más caracterizados. Eva, con una elegante bata loca, hacía los honores de la casa, y acompañada al piano por Adán, cantaba «El Morrongo», «El Can Can», «La Valentina» y otras partiduras de mérito como éstas.

Adán, en sus ratos de descanso, es decir, cuando concluía de sembrar ostiones, camarones y sardinas, se entretenía en enseñar a los elefantes, camellos, leones y tortugas, el inglés, el latín, el alemán, el catecismo del Padre Ripalda, la milagrosa novena de nuestra Señora de los Pujos y la gramática parda.

Frecuentemente se organizaban paseos a caballo, carreras en burros, tamaladas, «picnics», juegos de prendas, etc. ¡Cuán felices hallábanse nuestros ingratos progenitores en el Paraíso! Sin tener que ver con caseros, parientes, gendarmes, frailes, periodiqueros y demás modernas calamidades.

Pero sucedió que un día Eva dio a luz el primer bostezo; Adán, asustado, comprendió que su costilla se aburría. ¡Mal síntoma! Cuando una mujer se aburre, algo malo se le ocurre. «¿Qué te pasa querida Evita? ¿Por qué bostezas?» preguntole, con mucho cariño, Adán.

Eva se encogió de hombros, hizo un mohín, de un salto se puso de pie y corrió perdiéndose entre el ramaje. Se aburría y quería otra cosa, mala o buena, pero diferente a las que tenía a su alcance.

Nadie sabe si casual o intencionalmente, hallose Eva al pie del fatídico manzano. El caso fue que allí se hallaba. Cuando más distraída estaba, sintió sobre su cabeza rumor de hojas, y vio a la señora serpiente, llena de anillos, que le dio los buenos días en

correcto castellano: luego le dijo: «Señora, aunque no tengo el honor de haber sido presentado con usted me permito ofrecerle mis respetos. Claro veo que se aburre usted y contra el aburrimiento no hay mejor medicina que comer de estas manzanas».

Eva se asustó y pensó huir y maldecir a la serpiente, pero, por curiosidad, siguió escuchándola y cuando Adán, que le buscaba, llegó al pie del manzano, ya Eva estaba decidida a comer manzana, costara lo que costara. Adán se resistió al principio con energía, pero ¿quién podía negar nada a una mujer tan retrechera como era Eva...?

«Adán, mohín, yo quiero comer manzanas».

«Evita, Evita. No proponerme semejante cosa, porque es *peccatus*».

«Mi pichón, tú no me quieres como yo a ti».

«Mi paloma, te idolatro y si tú lo quieres, comeremos manzanas hasta indigestarnos y después, venga lo que viniere».

Mientras duraba aquel diálogo, la serpiente se retorció de risa, pues ya sabía que aquellos babcas acabarían por comer manzanas hasta ponerse panzones, y así sucedió al fin. Al pie del árbol prohibido, nuestros padres quebrantaron el Supremo Mandamiento, y juntos y solos gustaron del prohibido fruto hasta hartarse.

Cuando ya quedaron satisfechos de comer manzanas, comprendieron que habían pecado, Eva lloró por primera vez y echó en cara a su marido la falta. Por su parte, Adán no cesaba de recriminar a Eva, lamentándose de que fuese tan ingrata, cuando por darle gusto, él había pecado. El altercado iba acalorándose, y hubieran llegado a los moquetes, sino es que en lo más álgido de la contienda, se presentó en escena un ángel, con una espada de fuego en la mano, el cual, con el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Señor, maldijo a los pecadores y los puso de patitas en la calle, condenándolos a trabajos forzados y por carambola. Esa sentencia nos alcanzó a todos los descendientes de aquel matrimonio de comedores de manzanas.

Esta relación histórica es copia fiel tomada de una Biblia hebraica, cuya edición se agotó completamente. No es artículo de fe les digo yo, el que quiere lo cree y el que no, no.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo